



Madrid 16 de Octubre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Condiciones indispensables para vivir en sociedad [conclusion], por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Santo deseo [poesia], por don Rafael Blasco.—La divina Pastora [conclusion], por doña Angela Grassi.—Los Ferro-carriles, por don José M. de Larrea.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—El vendedor de tagarninas, por Fernan Caballero.—El tesoro oculto, por B.

GRABADOS. Estacion del ferro-carril.—Embarcadero.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

XII.

Condiciones indispensables para vivir en sociedad.

[CONCLUSION.]

Sé moderado en tu alegría, como prudente en tu tristeza; el que se entrega sin mesura á las expansiones del ánimo, dá una prueba de que tiene poca grandeza de alma para hacer frente á la adversidad. La risa en la casa del que llora, no solamente es importuna y supone poco talento, sino que hasta llega á tener

Tomo II.

apariencia de crueldad. Pórtate, pues, constantemente con el buen juicio que es indispensable en las mas pequeñas acciones de la vida, si no quieres atraerte la animadversion de tus semejantes. Aun así no te verás libre de enemigos, porque por dulce, justo y bondadoso que sea el hombre, nunca faltan seres bajos y ruines que, movidos por la envidia, ya que no puedan igualarse á los que valen mas que ellos, se complacen en desacreditarlos á los ojos de los demás.

Si bien son estas, hijo mio, las condiciones que he considerado mas indispensables para que unidas al cumplimiento de tus deberes puedas vivir en sociedad, es indispensable la buena educacion en los modales y acciones para

Núm. 39.

que sea agradable y tranquilo el trato y comercio con los hombres. Así, pues, en ocasión alguna has de creerte dispensado de guardar con tus semejantes, según sea su estado y condición, el buen modo que prescribe la urbanidad. Recuerda lo que te dije tratando del comportamiento entre los hermanos y parientes. El descuido en el modo de producirse en ellos, es muchas veces causa de ofensas que degeneran en desprecio y enemistad. Por consiguiente, si esto sucede entre personas que por lo mismo que viven reunidas tienen motivos para disimularse mutuamente sus defectos, calcula lo que sucederá en aquellas que sin estar unidas por tan sagrado vínculo, se ven hasta cierto punto libres de semejante obligación. A más de que las maneras dulces y el hablar benévolo predisponen el corazón al cariño, y sabido es que el que ama se ve correspondido.

Huye aquellas conversaciones torpes y livianas que lejos de fortalecer el espíritu corrompen el corazón. El desgraciado que se familiariza con ellas mata los nobles sentimientos del alma, y á la manera de lo que con su intemperancia ha relajado el estómago de suerte que solo encuentra el sabor á los manjares escitantes, no puede saborear la dulzura de las acciones nobles y virtuosas, y solo goza con lo que puede halagar los sentidos, de un modo grosero é indigno del hombre racional.

Por último, debes procurar que las mas pequeñas é indiferentes acciones redunden en tu pro, de modo que no haya motivo alguno porque puedas ser rechazado por tus semejantes. Tus pensamientos, tu lenguaje, tus gustos y tu voz, necesitan ser educados, digámoslo así, para que no choquen si se les deja correr, según su pendiente natural. Esto te proporcionará no solamente el que seas considerado en la vida social, sino que elevará tu ánimo, para que tengas fortaleza y dignidad para sufrir las impertinencias y compañía de esos seres ridículos, necios y pesados, que frecuentemente se hallan en el mundo.

Sin la observancia de estos preceptos; sin el requisito de esas condiciones, difícil será, por mas que te afanes, que alcances á la reali-

zación de los deberes que tienes impuestos, y á cuyo desempeño estás obligado.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

SANTO DESEO.

—Me han dicho, madre mia,
Que es la existencia
De llanto y de dolores
Dura cadena;
Me han dicho, madre,
Que son cortas las dichas,
Las penas grandes.

—
Me han dicho que los hombres
Valor no tienen
Para arrostrar del mundo
Los padeceres;
Y me han contado
Que son pocos los buenos,
Muchos los malos.

—
Me han dicho que hay un cielo
Donde los niños
Al morir se trasforman
En angelitos;
Y allí contentos
Viven entre delicias
Siglos eternos.

—
Si es cierto, madre mia,
Lo que han contado,
¿Quién sabe si en el mundo
Seré yo malo?
Y yo deseo
Ser durante mi vida
Siempre muy bueno.

—
Madre del alma, escucha;
Vas á afligirte....
Qué son mis pensamientos
Tristes, muy tristes!...
Quisiera, antes
Que ser malo en la tierra,
Morirme, madre.

Lloras ! ¡ ay , que mis frases
Te han afligido !....
¡ Pobre madre á quien hace
Llorar su hijo !
Tu llanto calma ;
¡ No quisiera haber dicho
Tales palabras !

—Hijo , tanto te amo
Que por tu vida
Con dulce regocijo
Diera la mia ;
Pero deseo
Verte siempre dichoso
Y honrado y bueno.

—
Si la honradez perdieras...
Si entre los vicios
Tu vida se pasara....
¡ Pobre hijo mio !
Antes que verte
Hombre malvado , niño
Qué Dios te lleve !

RAFAEL BLASCO.

LA DIVINA PASTORA.



(Conclusion.)

Aunque dicen que á los osados les ayuda la fortuna , no siempre suele ser así. El viejo suspicaz habia interrogado á su hija y estaba en acecho ; pero contando con sus piernas , en vez de pensar en perseguirlo , habia ido á cortar la retirada , de manera que el niño al descender de la tapia , vió á un lado la amenazadora estantigua armada con su estaca , y al otro el caudaloso rio.

Era buen nadador y no dudó en la eleccion : arrojóse al agua teniendo asido el pañuelo con los dientes , y pronto ganó la opuesta orilla. Pero era tal su miedo , tal su obcecacion , que ni aun allí se dió por seguro y echó á correr , y tantó corrió al través de los campos , que al fin tuvo que arrojar al suelo abrumado de fatiga.

No sabia en dónde estaba , porque la noche era muy oscura ; tenia hambre y sed y tirataba de frio.

—Por fortuna , pensó saboreándolos de antemano con delicia , tengo aun los hermosos melocotes , y guardando uno para ganar la apuesta , los demás puedo comerlos.

Oyó cerca el rumor de una fuentecilla.

—Me sentaré en su borde , prosiguió , comeré bien , y luego dormiré hasta que raye el alba , encendiendo antes una buena hoguera para que me seque vis vestidos.

Y se dirigió hácia el sitio de donde partia el murmullo.

La fuente manaba al pié de una pequeña colinita y estaba rodeada de árboles.

Pablo se bajó para beber y tropezó con un cuerpo humano.

—Quién es ? gritó retrocediendo asustado. Contestóle un profundísimo suspiro.

—Quién eres ? quién eres ? volvió á gritar fuera de sí y retrocediendo siempre.

—Un infeliz mendigo , respondió la voz. No he querido volver á mi choza porque en todo el dia no he recogido ni la mas pequeña limosna. Allí está mi mujer enferma , mis cinco hijos pequeños devorados por el hambre !... Oh , mas quiero morir aquí , que oírles pedirme pan y mostrarles mis manos vacías....

—Tienen hambre ! murmuró Pablo con los ojos húmedos de lágrimas.

—Ay ! hace dos dias que no comen.

—Pobrecitos , pobrecitos , y yo no tengo dinero !... Ah , mis melocotones , mis hermosos melocotones !... Tomadlos , tomadlos todos menos uno... basta para esta noche... y mañana.... aquí teneis mi chaqueta.... está mojada... no importa... vendedla y socorredlos... pronto... id pronto... pobrecitos !

El mendigo quiso incorporarse y no pudo , porque sus miembros estaban entumecidos.

—Yo os acompañaré , yo ! dijo Pablo ayudándole á levantarse y arrastrándole consigo.

Y sin cuidarse del hambre , sin cuidarse ya del frio , absorto en la idea del placer que iba á causar á los hambrientos niños , llegó en un instante hasta la pobre choza , en donde sin

embargo por un sentimiento de esquisita delicadeza no quiso entrar. Pero por la puerta entornada vió á los niños correr á abrazar las rodillas de su padre, vió el júbilo de éste al entregarles los olorosos frutos, el ansia con que los pobrecillos los devoraban, y pudo oír las bendiciones que la triste enferma invocaba sobre su protector desconocido.

Ya se retiraba con el corazón palpitante de un júbilo infinito, cuando oyó que el mendigo decia con amargo desconsuelo:

—Ay Marta! no he guardado ninguno para tí!

—Son tan hermosos y tengo tanta sed! murmuró la enferma.

Pablo se sintió destrozado por la mas horrible lucha; aun le quedaba un melocoton; pero si lo daba perdía su apuesta.

El pobre niño hizo un esfuerzo casi sublime, arrojó su tesoro en medio de la estancia, y huyó apresuradamente, como si no se sintiera con fuerzas para ver consumarse el sacrificio.

Anduvo largo tiempo, y cuando su agitación se hubo calmado, sintió penetrar en su alma un inefable consuelo; le parecia oír al ángel de su guarda, que le decia en voz baja: *has hecho bien!*

Sentóse al pié de un árbol, al borde del río, y se entregó á una meditacion dulce y tranquila.

De repente aquella voz interior, que creía la del ángel de su guarda, fué creciendo insensiblemente, hasta convertirse en una armonía divina. Al mismo tiempo vió que las aguas del río se iban levantando poco á poco, y remontándose hacia el cielo, mientras las nubes sonrosadas, precursoras de la aurora, descendían hasta juntarse y confundirse con las aguas.

Luego de aquella inmensa niebla azulada surgió una figura tan resplandeciente, que Pablo cayó al suelo deslumbrado y casi sin sentidos.

Cuando volvió á abrir los ojos, vió delante de sí una hermosísima pastora, que traía en la mano un canastillo lleno de frutas.

—Pablo, le dijo con un tono tan armonioso como el de los ángeles. Tienes hambre: has

dado tus melocotones á aquellos pobres niños, y Dios en cambio me envía para que te ofrezca estos. Come! Pablo, come!

El niño, animado con la dulzura de su voz y la dulzura de sus miradas, cogió algunos frutos, pero los halló tan cubiertos de cieno, que los arrojó lejos de sí.

—Son muy hermosos! dijo la pastora sonriendo.

—Pero están llenos de inmundicias!

—Así son tus buenas obras, Pablo! ¿Cómo quieres que mi Divino Hijo las acepte, si están mezcladas de impurezas? En pocas horas has llevado á cabo dos acciones; muy culpable la una y magnánima la otra, y el resplandor de la segunda queda ofuscado con las sombras de la primera. Para marchar por el camino de la perfección, para llegar á los brazos del Cordero inmaculado, no basta practicar tal ó cual rasgo meritorio, es preciso que la conducta sea uniformemente santa y buena. Vengo á los ruegos de tu madre, Pablo; corríjete y aprende!

—Y quién sois vos, señora!

—Tu madre también, hijo querido! Soy la Virgen María, madre de los pecadores, que conduce las ovejuelas descarriadas al redil del Buen Pastor.

Pablo cayó de rodillas, alzó las manos hacia ella, y quiso orar; pero solo había lágrimas de arrepentimiento en su corazón, lágrimas de arrepentimiento en sus ojos, que lanzaban rayos de entusiasmo.

La Divina Pastora se inclinó hacia él, imprimió un ósculo en su frente, y se fué elevando, elevando, hasta el centro de aquellos celajes luminosos... Luego la celestial figura empezó á desvanecerse gradualmente, las aguas bajaron otra vez á murmurar en su cáuce, las nubes se remontaron otra vez al cielo, la música se estinguió en un suspiro, y cuando brilló la aurora no quedó ni el mas leve rastro de la vision maravillosa.

El niño formó una cruz con dos ramitas, escarbó la tierra, y la sepultó en aquel sitio. Luego buscó cabizbajo y meditabundo el camino de su casa, pero antes de entrar en ella se dirigió á la huerta.

El viejo estaba como siempre, sentado en su dintel, y á su lado hilaba Clara.

Pablo se postró de rodillas, cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo con tono humilde:

—¡Vengo á confesarme de cuantos males hice ayer. Mentí para introducirme en el huerto, y mi mentira hizo que pegaseis á la inocente Clara! Abusé de su confianza desmoronando la tapia, y por último vine aquí á robar lo que no era mio. Castigadme, pero no me negéis vuestro perdon!

El viejo, que aunque avaro, no dejaba en el fondo de ser bueno, se sintió vivamente conmovido al ver su humildad, y le levantó en sus brazos. Clara le dió un beso y le llamó su hermano.

Pablo, ya mas consolado, se dirigió á su casa, en donde sus padres le aguardaban con mortal zozobra, y despues de llenarlos de caricias y pedirles perdon por sus faltas, les rogó que le permitiesen abrazar el estado eclesiástico.

Cuarenta años mas tarde, todos los labradores del contorno llegaban vestidos de fiesta y llenos de júbilo á aquel sitio, en donde el santo Obispo de Milan iba á echar los fundamentos de una capilla erigida á la Divina Pastora inmaculada.

Con gran solemnidad cavóse la tierra en la orilla del rio, y allí donde hallaron una cruceta, depusieron la primera piedra.

Todavía existe hoy el milagroso santuario, adonde acuden en tropel los pecadores arrepentidos para implorar la proteccion de la celestial Pastora de las almas.

El santo Obispo fundador de la capilla, que murió en olor de santidad, era Pablo, mi querida Julia!

ANGELA GRASSI.



LOS FERRO-CARRILES.

Hará unos tres meses que en el salon de descanso destinado á los viajeros de primera clase, en la estacion central de los ferro-carri-les de Madrid á Zaragoza y Alicante, entre varias personas que esperaban la hora de salida del tren de las siete de la mañana, se veia un pequeño grupo compuesto de dos niños, como de diez á doce años de edad, y de un criado ya entrado en años.

—Te aseguro, Luciano, decia el niño que parecia de menos edad á su compañero, que tengo grandes deseos de saber lo que es un ferro-carril. Como no pasa ninguno por Cuenca, donde me he criado, todo mi afan era que mamá me dejase venir á Madrid, á pasar algunos dias á vuestro lado, esperando que tu papá y mi tio, que desempeña un destino importante en una sociedad de caminos de hierro, podria satisfacer por completo mi curiosidad; pero hé aquí que cuando llego, acompañado del buen Tadeo, me encuentro con que tu papá está en Valencia.

—Adonde vamos á reunirnos con él, respondió el otro niño, despues de haber yo salido bien de mis exámenes en el colegio; y como hasta Octubre no vuelvo á empezar mis estudios, pasaremos dos ó tres meses en Valencia y nos bañaremos en el mar. En cuanto á tu deseo de enterarte bien de lo que es un ferro-carril, si bien es cierto que papá te lo hubiera explicado mucho mejor, como yo he recorrido varias veces con él esta y otras líneas, y como me ha hablado mucho de ellas y me ha hecho estudiar prácticamente todo lo que se refiere á los ferro-carriles, podré darte una idea, aunque ligera, de lo que deseas saber.

—Pues empieza por Dios, Luciano, dijo el niño que primero habia hablado.

—No es posible explicártelo todo de una vez; pero supuesto que hemos entrado demasiado temprano y que aun faltan algunos minutos para que subamos á los coches, procuraré darte una ligera idea del origen de los ferro-carriles.

En este origen hay que distinguir dos cosas: el establecimiento de carriles de hierro sobre los caminos ordinarios y el empleo sobre estos carriles de la locomoción por medio del vapor. Ya habrás notado, Luisito, que los carros, las galeras y aun las diligencias, caminan con tanta mayor facilidad cuanto mas dura é

dera, que ofrecían una resistencia menor á las ruedas; pero que se desgastaban muy fácilmente. Por esta causa, á mediados del siglo XVII, se empezaron á emplear carriles de hierro en las minas de hulla de Newcastle, consiguiendo así que un solo caballo, tirando de un carruaje á propósito, pudiera conducir



Estacion del ferro-carril.

igual es la superficie del camino que recorren, y que por esta razón se forma con guijo ó piedra menuda, lo que se llama el firme en nuestras carreteras.

—Ya lo creo que lo he notado, y me ha sucedido yendo con Tadeo en la tartana de casa atascarse las ruedas en los surcos que se habían hecho por estar blando el camino, ó por ser arenoso, y la pobre mula trabajó no poco para sacarnos de allí.

—Pues para evitar eso, se colocaron en algunos caminos de Inglaterra carriles de ma-

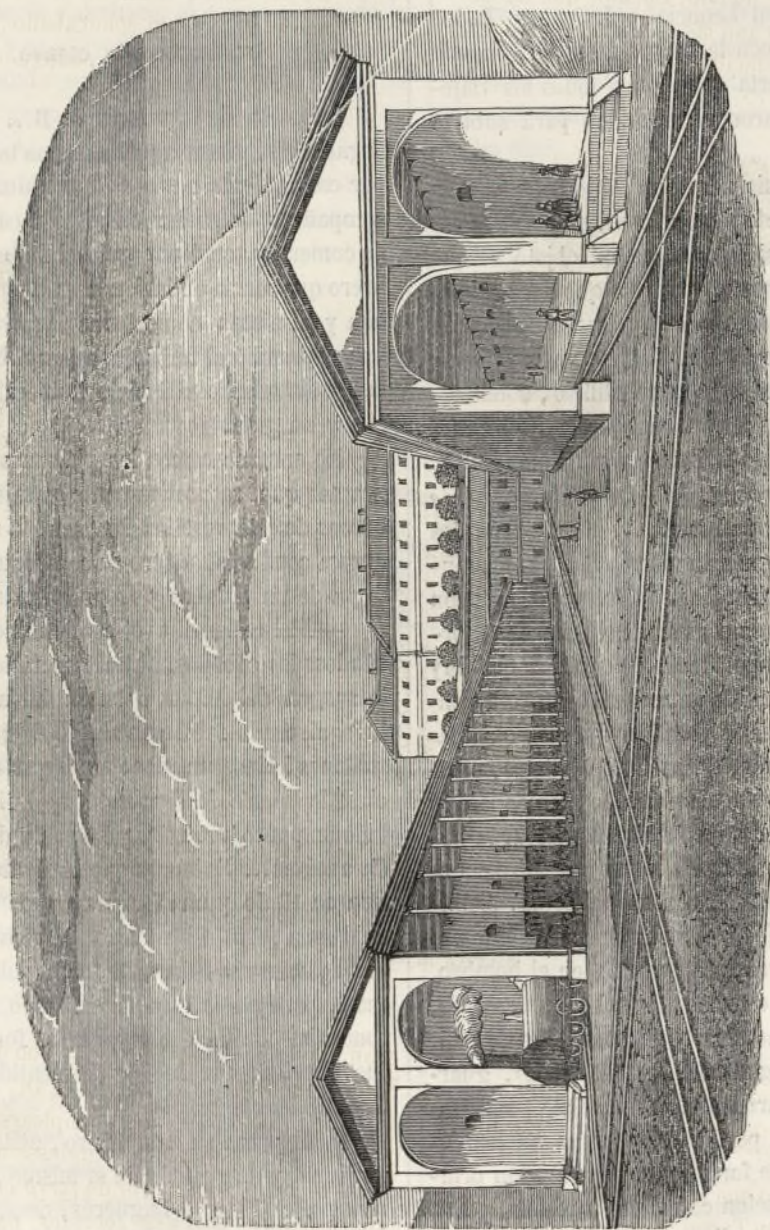
gran número de quintales de carbon de piedra. Estos primitivos ferro-carriles eran, con corta diferencia, como los que se emplearon aun en nuestros días, dándoles los ingleses el nombre de *tramway* y nosotros el de *ferro-carriles de sangre* ó *ferro-carriles servidos por fuerza animal*, porque se emplean caballerías para tirar de los wagones.

—Pero estos ferro-carriles en que se emplean caballerías no servirán de nada.

—Al contrario; reportan grande utilidad, porque siendo su coste mucho menor que el de

los ferro-carriles servidos por vapor y ofreciendo su construcción menos dificultades, presentan al mismo tiempo grandes ventajas de facilidad y economía en los trasportes de mercan-

ra; pero aunque la idea databa de los tiempos del célebre Watt, no llegó á aplicarse hasta los primeros años de este siglo. Ensayáronse primero estas máquinas con poco éxito en los



Embarcadero.

cías sobre los caminos ordinarios ó carreteras.

—Pero se irá mucho mas despacio...

—Es claro; y por eso se trató despues de sustituir al caballo una máquina que se movia por medio del vapor, y que se llamó locomoto-

caminos ordinarios, y pasaron despues á algunas explotaciones mineras, donde como ya te he dicho, habia colocados carriles de hierro, y se aplicaron en Inglaterra desde 1825 á la conduccion de viajeros; pero marchaban muy

lentemente, hasta que en 1830 Mr. Sequin en Francia y el célebre constructor Stephenson en Inglaterra, consiguieron darlas mayor velocidad. Algunos años despues empezó el gran desarrollo de estas vías.

Llegaba aquí Leoncio, y Luisito y Tadeo le escuchaban con la mayor atencion, cuando abrieron la puerta del salon y todos los viajeros se precipitaron en el andén para subir á los carruajes.

—No tengais prisa aun, dijo Leoncio á su primo y al criado; en primera encontraremos siempre buen sitio, y como mi objeto es que aprendas mas por lo que veas que por mis esplicaciones, quiero que te pares á considerar lo que es una estacion. Ya has visto al venir que esta constituye un gran edificio, donde están establecidas las oficinas de la direccion y administracion de la empresa y además las del *movimiento, tráfico, telégrafo, despacho de billetes, de equipajes*, etc., y al salir verás los talleres, almacenes de mercancías y otras muchas dependencias. No todas las estaciones son como esta, pues su estension es siempre proporcionada á su importancia y al tráfico que hay en ella; pero aun las mas pequeñas comprenden una ó mas salas para los viajeros, otra para las mercancías, despacho de billetes, oficina del jefe y telégrafo eléctrico, teniendo casi todas en su frontis un reló para marcar la hora de llegada y salida de los trenes. Mira cuantos empleados, todos con su uniforme, distinguiéndose los jefes por el número de galones de oro que llevan en la gorra ó en el hombro. Hay jefes de estacion, agentes comerciales, telegrafistas, factores, vigilantes, jefes de tren, maquinistas, fogoneros, guarda-frenos, guarda-agujas, guardas del camino, etc., sin contar los obreros, porteadores y otros muchos dependientes, que forman en una estacion principal una poblacion completa.

—¿Y cómo se llama este gran techado bajo el cual nos hallamos.

—Es el andén ó embarcadero donde los viajeros suben á los coches.

(Se continuará)

JOSÉ M. DE LARREA.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

(Continuacion.)

X.

EL RAPOSO Y EL CUERVO.

La madre de la señora de B... que habia llegado á Bagnères aquella misma tarde, y que por consiguiente no conocian Eduardo ni su compañero, quiso dar un paseo á caballo antes de comer, y tomó por guía el hijo de un cabrero que servia en la fonda en que paraban su hija y su nieta: como á una legua del pueblo los sorprendió el nublado, espantóseles la mula, y sin auxilio del cielo hubieran perecido ella y su guía.

No encareceremos los plácemes y los epigramas que respectivamente granjearon á los héroes de esta verídica historia, á uno su generosa conducta, á otro su comportamiento indigno de un hombre y de un cristiano.

—Ah! esclamaba el conde millonario mesándose los cabellos, si hubiese sabido que era la suegra del Ministro!... Decididamente me he equivocado: debo un nuevo disgusto á mis millones! Hace un mes, antes que me favoreciese la lotería de Francfort, no hubiera vacilado un punto en auxiliar á aquella desventurada anciana... Entonces que nadie me conocia, que un título y una fortuna no me ponian en evidencia, era libre como el viento y podia entregarme sin reserva á los impulsos del alma... pero ahora... y sin embargo, al que entonces me hubiera dicho que la fortuna tenia inconvenientes le hubiese desmentido, y... los tiene ciertamente.

Reñido con su compañero, evitado por los bañistas, y disgustado de sí mismo, se disponia á abandonar á Bagnères, donde tales humillaciones habia sufrido su orgullo, y á continuar su viaje, cuando un acontecimiento que no esperaba vino á cambiar su resolucion. El Príncipe estaba de regreso en Bagnères.

Colmóle de alegría esta nueva: la hora de su triunfo se acercaba, porque le parecia impo-

sible que persona alguna volviese la espalda al amigo íntimo de un príncipe.

Esperaba con impaciencia la hora en que los bañistas acostumbraban á reunirse por la tarde en el establecimiento, y para divertir el fastidio hacia y deshacia al espejo el lazo de la corbata, y se abrochaba y desabrochaba la levita, cuando su ayuda de cámara abrió la puerta y anunció con acento estertóreo:

—S. A. el príncipe de la Alcachofa!

—Mi querido Príncipe!... exclamó Raoul saliendo al encuentro. Que larga me ha parecido vuestra ausencia; ya desesperaba de que regresárais.

—Pues ya veis como he vuelto. ¿Y cómo no si vos estábais aquí? No se renuncia tan fácilmente á la compañía de una persona tan ilustrada y tan apreciable como el conde de Chavigny.

—Me confundís con tan inmerecidas alabanzas.

—No por cierto. ¿Y por qué habia de adularos? Ni vos me necesitáis á mí ni yo á vos. ¿Sabeis de dónde vengo? continuó despues de una ligera pausa. De España. Me ha costado el viaje 500 onzas, que he perdido al juego. Una miseria... Pero como era justamente la suma que llevaba encima necesito regresar á París.

—¿Por qué no habeis remitido el pago de parte de la perdida para cuando regresáseis á París? preguntó Raoul, que no podía avenirse con la idea de la partida del Príncipe.

—Las deudas del juego se pagan á la vista, y es extraño que un hombre como vos....

—No me parece difícil que un Príncipe se procure en cualquiera parte la suma que necesite. Quien tendrá una satisfaccion....

El Príncipe levantóse bruscamente, y mirando al conde con altanería.

—Qué decís? exclamó. ¿Pedir dinero el príncipe de la Alcachofa á un cualquiera, que empezaria por exigirle un recibo? Si encontrá-ra, no digo un Príncipe, un título, una persona decente á quien dirigirme....

Raoul no le dejó terminar.

—Yo puedo ofreceros una letra de diez mil

francos; si fuera suficiente esta cantidad y os dignárais aceptarla....

—A haber sabido que podíais disponer de esa cantidad, que precisamente la necesitaré para permanecer algunos dias en Bagneres, no os hubiera confiado el secreto de mi posicion. ¿Y cómo no admitir tan generoso ofrecimiento? Le acepto, escribiré á París y me remitirá fondos mi banquero. Seré acreedor vuestro por ocho dias.

—Hasta esa época no los necesitaré yo.

Llamó á Selim, le pidió la letra que le habia dado á guardar y se la entregó al Príncipe.

Desde este dia príncipe y conde no se separaron un punto: el dia fijado por el primero para devolver al segundo la suma que le habia prestado, sorprendióle á éste no hallarle en el establecimiento ni verle sentarse á la mesa. Preguntó por él al dueño de la fonda, y supo con asombro que habia pagado su hospedaje y partido la noche anterior.

—Volverá; tiene que entregarme una suma que le facilité hace ocho dias. Una fute-sa.... diez mil francos....

—Le habeis prestado diez mil francos!... exclamó el fondista soltando la carcajada.... pues darlos por perdidos.

Raoul abandonó el comedor sin concluir de comer, y encerrándose en su habitacion con Selim le contó lo que le habia sucedido.

La contestacion de Selim en vez de tranquilizarle aumento su inquietud.

—Si el señor conde se hubiera dignado consultarme antes de hacerle semejante ofrecimiento....

—¿Pero no me has asegurado que el Príncipe era un gran señor, que visitaba diariamente, ó al menos á menudo á tu último amo, y que poseia una fortuna inmensa?

—He dicho y asegurado, en efecto, eso y mas; pero como hay en el mundo tanto galopo que se dice príncipe y rico, no estrañaria... Sabeis porqué no las tengo todas conmigo y apostaria á que no volveis á verla el pelo? Porque os adulaba; el hombre que dice á otro á cada momento que ninguno le aventaja en nobleza, en talento y en distincion, atenta

contra su bolsillo. El señor conde no ignora, porque es millonario, que nunca falta á los hombres ricos, por necios, nulos é insignificantes que sean, quien los adule, quien se estase contemplando sus raras cualidades. La desaparicion del príncipe explica su conducta; se habia propuesto esplotarlos y os ha esplotado.

Raoul inclinó la cabeza sobre el pecho, herido mortalmente en su orgullo, y nada contestó.

—Dios mio!... murmuró al fin, como hablándose á sí mismo, ¿será posible que los millonarios no tengan amigos verdaderos? Vivir siempre sospechando, viendo en cada hombre un enemigo... Oh!... esto es horrible!

—Horrible, pero indudable: se entiende cuando no tiene en su abono otro título al aprecio de sus semejantes que sus millones.

Raoul permaneció encerrado todo el día en su aposento, y se acostó al anocheecer.

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS. (1)

El que llora será consolado.

San Mateo.

Lo que vamos á referir no es ficción, es realidad, es una sencillísima historia, que literariamente no merezca quizá ni ser escrita ni leída; no obstante, algo nos dice en el fondo de nuestro corazón que por algunos, aunque pocos, será leída esta relación con simpatía: á estos pocos nos dirigimos para referirles la corta historia de un pobre niño vendedor de tagarninas.

Dice Bulwer, ese excelente moderno autor inglés: *No hay duda que existen poetas que nunca han soñado con el Parnaso*, lo que quie-

(1) Las obras completas de nuestro ilustrado colaborador Fernán Caballero, última edición, corregida por el autor, y que está publicando D. Francisco de Paula Mellado, son dignas por su conocida moralidad de figurar en la biblioteca de una familia.

re decir que se puede mover al corazón y cautivar la imaginación sin valerse para lograrlo del arte, ni del saber, ni seguir la senda trazada: basta sentir y espresarlo.

Era Ortega guarda de un olivar en un pueblo pequeño, y cumplía bien con su deber; era bien querido, pero sobre todo de su mujer, que criaba una niña, y de su hijo Miguelito, que tenía cinco años. Érale á Ortega la vida suave y el trabajo ligero, como lo es al caballo que lleva una carga de oloroso heno para su propio sustento. Pero el guarda se habia granjeado la animadversión de unos cabreros que tenían sus cabrerizas en un coto limitrofe del olivar que estaba al cuidado de Ortega.

Por repetidas veces habian dejado penetrar sus cabras en el olivar, con grave perjuicio de la sementera y del arbolado, hasta que acabó Ortega por denunciarlos, —y esto bastó ¡Dios mio! para que un día, al pasar Ortega cerca de un vallado se disparase entre las zarzas un tiro, cuya bala atravesó su pecho.—Oh! en que mina se crió el fatal pedazo de plomo que hizo á un tiempo un cadáver, un asesino, una viuda y dos huérfanos!!

Avisóse al lugar de que yacía un hombre muerto cerca de un vallado, y en breve el abandonado cadáver se vió rodeado de aquel unánime é inmenso interés que conmueve, sacudiéndola hasta en sus entrañas, á la humanidad cuando se comete contra ella el delito de *sangre*, empezando por el sacerdote, que viene en nombre de la religion, en caso que aun luce el alma con la muerte; sigue la justicia, que viene en nombre de la sociedad, magnífica institucion, bella obra de la ilustración hecha con la ayuda de Dios, de los siglos y de la sabiduría; acompaña la facultativo, que acude en nombre de la humanidad, en cuyo estandarte puso Jesús por lema la palabra *hermandad*, —y sigue el pueblo, que viene en su propio nombre á tributar su compasión y lágrimas á la víctima, sus imprecaciones al asesino, pues recto existe en el corazón del hombre el sentimiento de lo justo cuando las pasiones no lo ofuscan.

Púsose el muerto sobre unas angarillas, y

se ofrecieron á llevar las angarillas de la muerte aquellos mismos andaluces altivos, que por todo el oro del mundo no se hubiesen prestado á llevar la silla de mano de un rico.

No pueden aquellos que no lo han presenciado formarse una idea del desesperado é inmenso dolor de la infeliz que vió entrar por sus puertas al sangriento y yerto cadáver de aquel que siempre entró en su casa como una protección y un amparo, como un objeto de culto y de cariño; la desgraciada viuda, que estaba criando, tuvo un retroceso y derrame de leche; sus pechos quedaron exhaustos, la madre y la niña perecían; la primera de resultas de una espantosa enfermedad, la segunda de necesidad.

Vosotros los habitantes de las ciudades no sabeis cuán grande y expansiva es la caridad en los campesinos, y cuán verdadero hacen aquel bello refran de que mas hace el que *quiere* que el que *puede*. No hubo una sola mujer en el pueblo que estuviese criando, que no viniese á dar el pecho á la pobre criatura, para la cual se habian secado las fuentes de la vida que le señalára la naturaleza. La niña fué criada á *traguitos*, segun la espresion consagrada para indicar esta clase de crianza; y como generalmente todas las lugareñas son sanas, se hacen robustas estas crias de muchas amas. Verdad es que tan pronto toman leche de una recién parida, tan pronto la de una mujer que cria á pesar de tener su hijo dos años, y correr atrás de su madre, pero no le hace, medran, y si lo extrañais os responde: *que Dios hace la costa*.

Miguelito era el que se veía á todas horas descalzo de piés y piernas, pues todo se habia vendido para la enfermedad de la madre y estaban en la última miseria, cargado con la niña, con la que apenas podia, llevándola por todas las casas del lugar, sofocado y jadeante en verano, encogido y arrecido de frio en invierno; pero siempre alerta, siempre dispuesto, siempre mandable y consagrado al cuidado de su madre y hermanita. Si compadecidos de verlo en algunas casas le daban un pedazo de pan, lo escondia y se lo llevaba á su madre. Esta pobre habia quedado baldada, y ese niño

bendito, á pesar de su corta edad, era su Providencia; para él no habia juegos ni distracciones, era inseparable de esa madre y de esa hermana, que ni una ni otra se podian valer. Él todo lo hacia bajo la inspeccion de su madre, y aun de noche sacudia con firme voluntad ese incombustible sueño de la infancia cuando era preciso pasear la niña para acallarla. ¡Qué humilde era y qué incansable! y cuando su madre le bendecía no comprendia esa alma dulce y modesta el porqué merecia esa merced, ángel de Dios que cual su Criador solo abrojos habia de pisar en este suelo.

Miguel tenia ya seis años, y con el afán de ayudar á su madre iba, como veia hacer á otros muchachos mayores que él, á coger tagarninas al campo. Salia por la mañana y volvía á la oracion sin haber probado bocado en todo el día, y por descanso iba de puerta en puerta ofreciendo sus tagarninas. Pero los muchachos mayores que él, que andaban mas, habian vuelto antes y le habian quitado la poca venta que tenia la silvestre legumbre.

—Se quieren tagarninas? preguntaba con débil voz, exhausto de cansancio, hambre y frio.

—No.

Y el infeliz niño se rastreaba á otra puerta ofreciendo casi por nada el fruto de su inmenso trabajo.

—Se quieren tagarninas?

—No.

Y seguía humilde y resignado á otra puerta en que le aguardaba otro *no*, pero estaba tan connaturalizado con el *no*, que parecia que no le cogia de nuevo. Habia llevado tantos! de suerte que se hallaba muy contento si encontraba quien le diese tres ó cuatro cuartos por su espuerta.

Tres ó cuatro cuartos por todo un día de improbo trabajo, para su corta edad, en parajes frios y húmedos, y hecho en ayunas! Misericordia de Dios, Divina justicia! Qué magníficas compensaciones guarda tu diestra prometidas en las Bienaventuranzas! Oh mi Dios! Si no te creyera justo, no te creyera Dios; si no te creyera premiador del bueno que sufre,

no te creyera Padre; si no te creyera castigador del cínicamente malo que goza y te niega, no te creyera Señor. Sí, todo eres; y esta santa creencia todo lo explica. Oh! dichosas criaturas las que vais á la vida eterna por la misma senda que anduvo el Señor por el mundo, la pobreza, el padecimiento, el desprecio y la paciencia! Arrancais lágrimas á nuestros ojos, y nos podríais contestar á nosotros, ricos, soberbios y frios. No lloreis sobre mí, sino sobre vosotros y vuestros hijos!

Algunas veces su madre queria retenerlo, porque su corazon se partia de ver ir á ese angelito, solo, desabrigado, en dias frios y lluviosos con su espuertita y sus brazos cruzados, para abrigarse bajo de ellos sus manos entumecidas é hinchadas; los dias se habian hecho tan cortos! las noches venian tan de prisa y tan frias! pero nada detenia al pobre niño; y la infeliz madre decia llorando: *si no vá, ni él comerá ni la niña!* y lo veia ir con tan desgarradora pena, que vertia su corazon sangre por todos sus poros, hasta que lo veia entrar con un cuarteron de pan y unas pocas de tagarninas.

Una fria tarde de Diciembre tocó solemne la oracion, y el niño no habia venido; y tocaron lúgubres las ánimas, y el niño no habia vuelto; y la madre estaba baldada y no podia salir á buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenía á ella y á su niña; y pasaron una á una cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y de angustia, porque la angustia no mata, porque la angustia es una tremenda agonía sin el descanso de la muerte, como el castigo de los condenados; y á la mañana siguiente el sobejanero de un cortijo, que pasaba por una senda apartada, vió sentado al pié de un árbol á un niño; tenia los brazos cruzados, la cabecita caída sobre el pecho; á su lado estaba una espuerta con tagarninas. Se acercó; ¡el niño estaba muerto! muerto de frio, de necesidad, de cansancio y de miedo!

Lo que he contado no es ficcion, es realidad. Dios y Señor! hombres hay, tus hijos, Pa-

dre, que en su mezquina soberbia se atreven á sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres; ¿puede concebirse tan espantoso absurdo? ¿puede creerse y no desesperarse! Señor! Señor! consérvanos la fé á los religiosos, aunque no sea mas que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se ahogue de indignacion otras nuestro corazon. Déjanos confiar en aquella divina promesa: *El que llora será consolado* (1).

FERNAN CABALLERO.

EL TESORO OCULTO.

Poco antes de morir dijo un labrador á sus tres hijos:—Queridos hijos, yo no puedo dejaros mas que esta cabaña y la viña que está contigua á ella. Pero en la viña hay un tesoro oculto. Cavad hasta que lo encontréis.

Poco despues de la muerte de su padre cavaron los tres hijos toda la viña con el mayor cuidado, pero no hallaron oro ni plata. Mas como habian trabajado el suelo con tanto esmero, la viña los produjo tal cantidad de uvas que se llenaron de admiracion.

Entonces adivinaron los hijos lo que su padre los habia dado á entender con el tesoro, y escribieron encima de la puerta de la viña estas palabras: *La actividad es el mayor tesoro del hombre.*

B.

[1] Tercera Bienaventuranza de las ocho que prometió el Señor en el Evangelio de San Mateo, que lee la Iglesia el dia de Todos los Santos; sublime sentencia, divina compensacion, santo consuelo, que todo lo explica, pero solo al cristiano.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.